

Cómo es posible hablar de la historia de los medios de comunicación en Colombia

Sonia Muñoz¹

I. Resulta poco promisorio la reseña de un libro cuyas primeras líneas versan sobre la dificultad de escribirla. Pero sí, la tarea es ardua por varias razones: *Medios y Nación. Historia de los medios de comunicación en Colombia*² es una obra de 595 páginas que compendia treinta y tres ponencias escritas por otros tantos autores. Pero a menos que se trate de una patente evasiva, esa dificultad no puede imputársele, sin más, ni a sus copiosas páginas ni a su número de voces.

Todos los textos compilados en este volumen fueron discutidos en el marco de la VII Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado reunida en Bogotá y organizada por el Museo Nacional de Colombia en noviembre del 2002; en una de sus primeras páginas, “Sobre estas memorias”, se advierte:

Los debates que se realizaron una vez terminados los paneles y la mesa redonda en los que estuvo dividida la Cátedra no figuran en la presente publicación. No obstante, los lectores interesados podrán consultar las grabaciones en audio y video en el Centro de Documentación del Museo. (p.12)

La trascendencia de las cuestiones entonces tratadas habría merecido, aparte de la vasta tarea editorial que comento, su registro audiovisual. El que varios soportes se ocupen de la reproducción de un acontecimiento implica asuntos nada superfluos; por un lado, interroga a quien se preocupe por las diversas formas legítimas de conservar hoy “las memorias”: una economía generosa habría querido salvar las de la VII Cátedra; por el otro, pone a esta autora en aprietos, ya que su escrito debe infortunadamente prescindir de aquellas polémicas, exceptuando una: pese a lo enunciado en la cita anterior, el texto que cierra el libro, y cuyo enigmático título es *Más allá de la nación de balas, goles y colas*, contiene la edición de un debate en el que participan, en palabras del Asesor de la Coordinación Académica del evento,

¹ Profesora de la Escuela de Comunicación Social, Universidad del Valle.

² Obra publicada por el Ministerio de Cultura y Aguilar Editores (Bogotá, 2003) con el apoyo de los Ministerios de Cultura y Comunicaciones, del Convenio Andrés Bello, de las Embajadas de España y México, del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, de la Fundación Beatriz Osorio, de la Empresa de Teléfonos de Bogotá, de *El Tiempo* y de Andíarios.

... *debatientes* [sic] *de alta legitimidad periodística. Ellos son Antonio Caballero, el periodista más independiente de Colombia; Yamid Amat, el periodista más revolucionario en los medios colombianos; Gerardo Reyes, el periodista investigador más reconocido del país, y Juan Restrepo, corresponsal de Televisión Española.* (p. 582)

Habíamos hablado de cerca de treinta autores; ciñéndome a la información biográfica que acompaña el nombre de cada uno en la página que encabeza su respectivo escrito, se constata que la mayoría proviene del mundo académico capitalino: diez son docentes e investigadores vinculados a universidades públicas y privadas de Bogotá, dos pertenecen a universidades localizadas en Medellín, y uno a la Universidad Central de Caracas. Otros seis autores se presentan como profesionales asociados a una universidad de la capital y a un medio de comunicación. El resto, de número más escaso, labora exclusivamente en un medio de comunicación o en una institución del Estado colombiano. Este volumen reúne también las ponencias de tres autores (artista-realizador audiovisual, escritor-periodista, investigador-crítico-realizador audiovisual) sin filiación institucional explícita.

Aunque sucinta, la enumeración anterior permite sugerir que si en la VII Cátedra tiene preeminencia el pensamiento del estudioso vinculado a la academia bogotana, es en ella –en las universidades Nacional, Javeriana y Los Andes especialmente– donde se concentra su saber más sólido y/o decantado. Dado que la Cátedra se propone recopilar, tal como reza uno de sus objetivos, *las investigaciones existentes sobre la historia de los medios de comunicación en Colombia* (p.10), esta obra ofrecería entonces una muestra sobresaliente del estado actual del conocimiento histórico sobre los medios y la nación.

Pero al convocar además a otros profesionales que no tienen como oficio exclusivo o declarado la investigación histórica, el Museo no sólo expresa su espíritu de apertura³; tal gesto advierte que el estudio de los complejos problemas que le interesan, tal como puede leerse enseguida en los siguientes *Objetivos específicos*, germinaría bien en otros lugares, aparte de la oficina del académico:

Reflexionar sobre las formas como los medios de comunicación hacen parte de proyectos políticos y culturales de su época y la manera en que los han transmitido.

Reflexionar sobre el modelo de ciudadanía que han transmitido, en su momento, los medios de comunicación.

Ver de qué manera los medios han configurado los elementos fundamentales de la cultura política.

³ Habría que preguntarse si esta apertura promueve la inter-disciplinariedad o el encuentro inter-institucional, que no son lo mismo. Y así como importa evaluar si el propósito interdisciplinario se traduce, de hecho, en una rigurosa práctica intelectual, habría que estimar con la misma urgencia si un empeño como el de esta Cátedra promueve el análisis y la reflexión, tal como pretende.

Hacer un análisis de la manera como los medios han presentado los procesos de confrontación y los actores involucrados en ellos a lo largo de la historia del país.

Ver cómo han representado territorialmente los medios de comunicación a la nación colombiana.(pp. 10-11)

Los escritos que integran esta obra se hallan organizados en seis Paneles; cada uno está a su vez compuesto por una ponencia introductoria (elaborada en los seis casos por un académico) y por cuatro escritos más, exceptuando el Panel II, que consta de tres. El Panel I es antecedido por cuatro exposiciones inaugurales.

Los textos son de extensión desigual: mientras los inaugurales fluctúan entre dos y media a nueve páginas, el resto oscila entre cinco a cuarenta páginas. Los más cortos no suelen acompañarse de una bibliografía o de notas de pie de página. Algunos, los más largos, exponen generalmente avances de investigaciones en curso; otros, más numerosos que los anteriores, abordan una serie de episodios concatenados en orden cronológico apoyándose por lo general en obras ya publicadas. El texto introductorio a cada Panel ofrece casi siempre una síntesis comentada de las ponencias que le siguen; en este volumen también puede leerse un informe de gestión que describe los objetivos, alcances y méritos de una iniciativa ministerial, así como la transcripción de un debate entre cuatro periodistas y de una *Pregunta de la audiencia*.

Ahora sí enunció la principal traba que enfrentan estas notas: he de comentar las muy diversas ponencias que sobre la historia de los medios de comunicación en Colombia y/o sobre el vínculo existente entre los medios y la nación hacen unos profesionales que, si bien se ocupan sin excepción de la producción de textos alfabéticos (los informes del funcionario, los artículos o libros del investigador, las crónicas, editoriales y entrevistas del periodista, los guiones del realizador audiovisual), no están cobijados por instituciones que, como la universitaria, promueven el oficio más o menos exclusivo de observar metódicamente ciertos procesos sociales actuales o del pasado. ¿Existe por lo tanto algún criterio común válido que permita examinar estos escritos? Permítaseme un corto rodeo antes de responder.

II. Quizás no sea sensato esperar que todos los autores discutan el modo como tratan de resolver ciertas hipótesis, o que establezcan el principio por medio del cual estiman pertinente relacionar ciertos hechos entre sí, o, aún, que fundamenten algunas de sus aserciones presentando el examen documental del caso. No obstante, su sola participación en la Cátedra y la posterior publicación de su exposición los obliga, sin excepción, a someterse a una restricción: la que se deriva de su poder para hablar en público. He dicho restricción y poder a la vez: si bien el ponente se inviste del prestigio de la institución que lo designa, de manera que su palabra tiene por ese sólo hecho un valor mayor que la de quien no lo es, tal privilegio no está

exento de riesgos; al ofrecer sus conocimientos para el examen de quien lo escucha o lee, el orador-autor debe tener –¡qué duda cabe!– “algo que decir”. No me refiero a aquel extraordinario decir del pasado que evoca Pierre Bourdieu cuando examina esta particular forma de exhibición ante extraños:

*En la Antigüedad, los sofistas, de quienes Platón hizo un generoso retrato, estaban en una situación parecida a la mía. Llegaban a una ciudad donde eran desconocidos pero familiares. Solían ser precedidos de un gran alboroto: se hacía publicidad. Había mecenas que anunciaban: “Empedocles estará en mi casa. Es muy importante. Tiene algunas cosas extraordinarias que decir”. En esas ocasiones, los grandes Sofistas podían hacer lo que llamaban una “epideixis”. Nosotros lo podemos traducir por “exhibición”. Se exponían en un espectáculo. Solían escribir textos ceremoniales, textos de espectáculo, extremadamente condensados y trabajados, una especie de compendio sobre el que ponían todo su pensamiento. (“Thinking about limits”, en M. Featherstone (ed.), *Cultural Theory and Cultural Change*, Sage, London, 1992, p. 37 [Traducción mía])*

Admitamos sin embargo que todavía hoy la situación autorial tiene algo de extraordinario: el artista, el funcionario, el periodista y el profesor abandonan su rutina para presentarse ante personas que seguramente no conoce; aunque su palabra pueda tener supremacía sobre el silencio de quienes escuchan durante el tiempo que dure su disertación, él difícilmente podrá saber cuál es el destino de sus ideas. Ni siquiera el mago de la oratoria escapa a esa incertidumbre: pues al abandonar la sala y perderse así el contacto con *su* público, ¿no se esfuma también el hechizo?. Precisamente porque no sabemos con certeza qué se hará con lo que decimos en público, es preferible abogar, como lo hacen unos pocos de los autores publicados en este volumen, por hablar de aquello que ha sido bien pensado. Por ejemplo, cuando se recurre al vocablo “nación” –idea que condensa un largo trayecto de muy variados usos, prejuicios e ideologías– ¿qué debe entenderse?. Para quien así habla o escribe, como para su oyente o lector, las posibilidades son múltiples: ¿es la *nación* equiparable al *país*, a la *patria*, al *suelo materno*, al *pueblo*, a *los míos*, al *Estado*? ¿Qué señala el Coordinador Académico de la Cátedra antes citado con su *Más allá de la nación de balas, colas y goles*? ¿Por qué es para él factible retratar la nación como algo (¿?) de lo que se pueda estar fuera?; pues su *más allá de* no sólo autoriza la adición de otros tantos males, sino que con esa idea insinúa la existencia de dos naciones en una; o de una, pero escindida: una *más allá*, otra más acá. Incluso conviniendo en que la nación que se halla *más allá* designa la nación deseada, o la-que-debería-ser, volvemos a la misma sin salida: la expresión de buenos deseos no suplanta la actividad analítica.

Algo similar puede argüirse sobre el uso distraído que se hace a veces en este volumen de “medio de comunicación” o de “hecho histórico”⁴. Tales términos, precisamente por ser tan comunes, se presentan a la conciencia como realidades ya fabricadas, como si de hecho existiese algún acuerdo en torno a lo que con ellos se designa. En esos casos se promueve una “comprensión ilusoria”⁵, una barrera que se alza contra la *reflexión* y el *análisis*, justamente las tareas que dice impulsar la VII Cátedra .

III. Sólo ahora parece posible despejar el interrogante establecido antes de cerrar el punto I. A la luz de las consideraciones anteriores, y obligada como estoy a hacer una ponderación limitada e incipiente de algunos de los textos que componen *Medios y Nación*, he optado por comentar a continuación unas pocas pero reveladoras proposiciones: aquellas que, entre otras más del mismo tenor, bastan para ilustrar cómo los automatismos pueden prosperar por igual en el escritorio del investigador, en la sala del museo o en la oficina del periodista (aclaremos que mis juicios no se extienden a todos los escritos; por fortuna, *Medios y Nación* publica a unos pocos autores que cultivan la imaginación y el rigor).

Por ejemplo, dice una ponencia:

La producción de la realidad que hacen los medios de comunicación constituye uno de los referentes comunes que nos hablan sobre nosotros mismos. Mirarnos en el espejo de los medios de comunicación significa comprendernos desde la cotidianidad, analizar las huellas de aquello que nos ha venido produciendo, pensar cómo nos hemos construido públicamente como nación. (p.20)

Si bien la imprecisa escritura de los párrafos anteriores entorpece su intelección, se puede manifestar con relativa certeza que allí el símil de los medios de comunicación como un espejo es conspicuo. Si hoy la analogía parece extraña, no se trata de una representación nueva. El enunciado señala la existencia de un vínculo especular entre los medios y la *sociedad* o entre los medios y la *cotidianidad*; estaríamos ante una versión tal vez ingenua pero acentuada de la

⁴ En la radio, la televisión y el periódico, el “hecho histórico” es un calificativo recurrentemente utilizado para tipificar los más variados episodios de sus informes diarios. ¿Cómo interpretar ese tópico?: ¿cómo una forma banal de representar la historia en tanto cualquier evento escenificado por los medios puede ser elevado a la dignidad de un hecho que merece hacer parte del pasado?. O, ¿estamos ante un discurso que invoca el pasado para en seguida liquidarlo?: en vista de que los así llamados “hechos históricos” se agolpan en la pantalla o en el periódico, uno tras otro, día a día y sin descanso, el trajinado “hecho histórico” moriría de agotamiento: triste suerte ésta, la de unos hechos que carecen de duración.

⁵ Tomo la idea de Bourdieu (*op. cit.*, 39), cuando distingue la “comprensión ilusoria” de la incompreensión. Cuando una proposición no se comprende se tendría la opción de preguntar: ... “*Por favor repítalo, dígallo de otra forma*”. *Pero contra la falsa comprensión, contra la comprensión ilusoria, no hay nada que hacer.*

teoría del reflejo, la cual, como se recordará, tuvo tiempos de auge en el medio universitario durante algunas décadas del siglo pasado. Sólo que entonces se argumentaba que los medios reflejaban los intereses y la ideología de los grupos dominantes. Pero en los fragmentos citados se supone que los medios han alcanzado un estilo de dominio que no creo se hubiese podido expresar así antes: el del poder generalizado, absoluto y omnisciente de los medios; y el estimarlo deseable. En este espejo *generalizado* del diario transcurrir nos reflejaríamos, podríamos comprendernos y encontrarnos como nación. Incluso la autora de esas líneas cree que la misma Cátedra *se comprende* en ellos: *La Cátedra de Historia Medios y Nación es una invitación, una sugerencia, una pregunta que se mira en la memoria, se comprende en el espejo cotidiano de los medios de comunicación ...* (p.20)⁶.

He releído varias veces los escritos compilados en esta obra: no he encontrado en ellos ningún estudio concienzudo, juicio razonado o evidencia empírica que permita sugerir la existencia de tan colosal poderío.

La euforia también habría insuflado el pensamiento de otros ponentes cuando se refieren a las inagotables virtudes de ... ¡la historia de los medios de comunicación!:

Los medios de comunicación son un espejo vivo, privilegiado y por descubrir sobre la formación de una imagen de Colombia como nación. En la historia de los medios de comunicación asistimos a la invención de una nación por la palabra, la voz y la imagen. (p. 39)

Si el primer enunciado del párrafo anterior reitera el símil de los medios como un espejo, en el segundo se ofrece una proposición poco coherente, pero entusiasta, acerca de la historia de los medios de comunicación; afirmaciones infundadas en tanto no despejan, por lo menos, los siguientes interrogantes: ¿qué debe entenderse aquí por *historia*?; como la historia no puede ser sino algún tipo de relato, ¿dónde se halla tal *historia de los medios de comunicación* en Colombia ante la cual *se asiste* a lo que inventa?; y ¿qué fundamenta la enorme dimensión inventiva que se le atribuye a la historia?

Otro autor, en una tónica parecida, ensalza también la capacidad heurística y movilizadora de la ahora llamada *historia social de la comunicación y del periodismo*:

⁶ El símil del espejo alimenta otras versiones sobre la pretendida relación entre los medios y la sociedad. Véase la siguiente: *Y como la historia de Colombia no podría entenderse si se prescindiera de buscarla donde está mejor expresada, que es en las columnas de los periódicos, tanto en las notas de opinión como en las simples noticias, podemos concluir que el propósito de la búsqueda incesante de la utilidad común, encomendado por los primeros que aquí lo hicieron a quienes desearan consagrarse a este oficio, no ha dejado de ser, un solo día, el inspirador del periodismo en Colombia* (pp. 29-30).

Resumiendo las reflexiones aquí planteadas, quisiera decir que este nuevo campo de la investigación sobre la historia social de la comunicación y del periodismo puede brindar valiosos elementos autorreflexivos para repensar en clave comunicativa y político-cultural los procesos de modernización, urbanización, masificación, nacionalización de la cultura, conformación simbólica de la cultura popular, secularización, individuación y configuración de actitudes de modernidad en la historia moderna y contemporánea de Colombia.

En síntesis (...) este nuevo campo de investigación puede tener una función clave de memoria cultural y ciudadana, y sin duda alimentará la búsqueda de un nuevo orden democrático y de una comunidad pacífica más apta para tramitar dialógicamente sus desacuerdos y para recuperar sus posibilidades de proyección como nación tanto en sus límites geográfico-territoriales como en el contexto global (pp. 375-376).

En el caso recién citado, las extraordinarias virtudes del conocimiento histórico tendrían su fundamento en una doble creencia. En la fe de quien escribe en la capacidad iluminadora de la *historia social de la comunicación y del periodismo*; gracias a su nuevo enfoque, ésta podría revisar vastos y plurales procesos, al parecer ya estudiados. Infortunadamente, al lector le llega sólo el anuncio de esa voluntad; la simple enumeración de los complejos fenómenos que esta nueva historia social podría *repensar*, o la declaración de la existencia de una clave maestra que habría de guiarla, no suprime la urgencia de sustentar porqué la *historia social de la comunicación y el periodismo* puede alcanzar tan singular pujanza. Por otro lado, la ponencia asegura que el conocimiento histórico ofrece un potencial movilizador sin precedentes en tanto, entre otras cosas, podría alimentar la búsqueda de un *nuevo orden democrático*. Pero aquí de nuevo se hace silencio sobre por qué ese campo de estudios puede traer los trascendentales cambios previstos. ¿Cómo explicar al lector que se soslayan tales cuestiones si el mismo ponente ha advertido que esta historia, cuyos ricos frutos avizora, *es un campo de estudios en proceso de constitución, con desarrollos muy desiguales en sus distintos subcampos*”? (p. 369)

Para terminar, una ilustración adicional del uso irreflexivo de la “nueva historia”:

En su interpretación de los productos simbólicos, la nueva historia ha reconocido como legítimas las fuentes de la comunicación. Los trabajos de Walter Ong sobre oralidad y escritura (...) de Roger Chartier sobre la historia de la escritura, (...) de Renán Silva sobre la prensa americana en el siglo XVIII, entre muchos otros, demuestran que los procesos de comunicación son parte integral de la historia humana, y que en esa dirección se deben explorar sus significados e impacto social.

De esta forma, es responsabilidad de la historia la organización de la producción social de la comunicación en el sentido más amplio. Para ello es necesario explorar la forma como las sociedades organizan comunicativamente su producción de significados, sus sistemas de significación y incluso sus formas de construcción simbólica. (pp. 247-248).

Ni los estudios de R. Chartier versan sobre la historia de la escritura, como se afirma, ni se entiende cómo puede ser responsabilidad de la historia –óigase bien– la *organización de la comunicación en el sentido más amplio*. Sin añadir comentario alguno, invito al lector a releer los párrafos citados: constatará cuán equívoco es también allí el uso que se hace de *comunicación*.

IV. Sin poder extenderme más por razones de espacio, baste decir que *Medios y Nación* ofrece de todo: la explosión eufórica de quien celebra que se quiera ser colombiano, la promesa de cambio del orden social por medio de un hipotético saber salvador, la aserción incontrastable por su vaguedad sin límites, la asunción irrefutable que se hurta a la verificación, el recurso a la fecha como único principio de inteligibilidad, y el discurrir inteligente casi catapultado por el chapucero bla, bla, bla pseudo-académico.